

LA METAMORFOSIS DE UNA PERCEPCION: EL P. ARRUPE A LO LARGO DE 30 AÑOS

Gianni La Bella

*Profesor de Historia Contemporanea
Universidad de Modena y Reggio Emilia, Italia*

La primera vez que encontré al Padre Pedro Arrupe yo tenía poco más de veinte años. Me lo presentaron, de distinta forma y en circunstancias diversas tres de sus directos colaboradores, que trabajaban en la Curia de Borgo Santo Spirito: el padre Simon Decloux, en aquel tiempo delegado del P. General para las casas internacionales, el padre Eugen Hillengass, ecónomo general y el padre Louis Laurendeau, secretario general de la Compañía.

La Comunidad de San Egidio, a la que pertenezco desde 1971, daba sus primeros pasos en la Roma de los años sesenta del post Concilio.

Varios jesuitas, que trabajaban en la Curia, seguían con afecto, amistad e interés la andadura de San Egidio, atraídos por la novedad y por la originalidad del camino eclesial que esta nueva comunidad expresaba.

Muchos iniciaron a colaborar y, sobretodo, a ofrecer su ayuda en la celebración de la liturgia eucarística del domingo, en los grandes barrios de la periferia de la ciudad, en la Roma de las llamadas “chabolas”.

Pedro Arrupe, al enterarse desde varias fuentes de esta gran simpatía hacia la Comunidad, decidió conocerla personalmente y lo hizo participando en las vísperas que se celebraban cada tarde en la pequeña iglesia de San Egidio en Trastevere, cita cotidiana de oración comunitaria.

Para mi generación, que empezaba a asomarse a la vida eclesial al comienzo de los años setenta, Pedro Arrupe era uno de los grandes líderes de la renovación conciliar.

Una de las personalidades que, junto con el Hermano Roger de Taizé, gozaba de una gran popularidad: entrevistado frecuentemente por los medios de comunicación, invitado a participar en los eventos eclesiales más importantes de aquel tiempo: al Sínodo sobre justicia, en 1971, a la Conferencia de Puebla en 1979, indicado como hombre del año por algunas de las revistas de más prestigio, como *Time*, *Newsweek* y *Der Spiegel*. Una personalidad cuyas intervenciones, muy cualificadas, no pasaban inobservadas y, sobretodo, suscitaban mucho entusiasmo y aceptación.

Desde hace tiempo, iba madurando la idea de escribir una biografía del Padre Arrupe, con otros colaboradores; y esto porque desde hace muchos

Arrupe, como un gran staretz occidental, no ha sido solamente un hombre amigo de Dios, sino que con su amabilidad, ha atraído los hombres hacia Dios

años estaba convencido, sobre todo desde mi experiencia y mis recuerdos personales, que este hombre había representado una gran figura carismática de la renovación conciliar. Durante los últimos años de su vida, tuve la suerte de poderle visitar frecuentemente, en la enfermería de la Curia, y esto fue para mí una gracia. Allí vivió por más de diez años, asistido y cuidado por

las amables atenciones del hermano Rafael Bandera.

Paralizado, imposibilitado para expresarse, dependiendo de otros para todo, vivió esta condición de soledad y de dolor, confortado únicamente por la oración y las visitas de tantos hermanos suyos. Su cuerpo, cada vez más empequeñecido y reducido y su rostro cada vez más impresionantemente parecido al de Ignacio, han sido para toda la Compañía un icono viviente del sufrimiento y un testimonio de la santificación a través de la oración, el silencio, la dependencia y el dolor.

En los años sucesivos, he vuelto varias veces con recuerdos e imágenes esculpidos en mis ojos, a aquellas visitas en las que se hablaba sólo mediante miradas y sonrisas, preguntándome por qué las vicisitudes de la vida y, en cierto sentido, de la Providencia, hubiesen reservado a ese hombre tan activo y tan dinámico, gran viajero, incansable trabajador, hombre de grandes relaciones, aquel duro calvario de cautiverio, inmovilidad, dolor y soledad. He pensado que era preciso ayudar y apresurar

el “tiempo” a ser caballero, como decimos los historiadores, devolviendo a Arrupe lo que Arrupe fue.

Además que por este interés mío, fruto de los recuerdos personales, me he acercado a la figura de Pedro Arrupe, también a nivel científico, historiográfico, convencido de que como ha escrito el padre Peter-Hans Kolvenbach, su sucesor, en una carta enviada a toda la orden, en ocasión de los diez años de su muerte: “Como cualquier otro testigo profético, el padre Arrupe fue señal de contradicción, incomprendido o mal comprendido, en la Compañía y fuera de ella”.

El esfuerzo de la fatiga colectiva se ha traducido en la publicación del volumen, del que soy editor: *Pedro Arrupe: Un uomo per gli altri*¹. En esta obra, a través de una pluralidad de lecturas e interpretaciones, hemos tratado de liberar la historia de su generalato de una especie de “marginación” histórica que lo ha acompañado después de su muerte. Mediante su historia y su vicisitud humana y espiritual, he tratado como en un calidoscopio, de reconstruir el poliédrico ser y obrar de un gran movimiento religioso, colectivo, que ha marcado de forma determinante y original, la historia del catolicismo post conciliar.

Alrededor de la experiencia humana, religiosa y de gobierno de Arrupe, durante largo tiempo, se ha creado un estereotipo del cual, por muchos años, quizás demasiados, ha sido arduo alejarse. Su caso ha sido largamente tergiversado por medio de la evanescente y a-histórica categoría interpretativa del progresismo. Su generalato ha sido frecuentemente leído con los ojos de la crónica y de una superficial lectura, fruto de esquemas interpretativos preconfeccionados y de preclusiones ideológicas.

Para escribir la historia de un hombre tan importante, que encabezó una orden tan significativa, ha sido necesario leer y evaluar una ingente cantidad de documentos conservados en diversos archivos, recoger opiniones y reconstruir los testimonios de muchos protagonistas de aquel transcurso de la historia humana y eclesial. Todo ello me ha llevado a convivir, en cierto sentido, por algo más que dos años, con el padre Arrupe tratando de entender, más allá de sus actos de gobierno, de sus viajes, de sus decisiones operativas, de sus discursos y de sus cartas, de sus crisis y de sus éxitos, el espesor humano y espiritual del hombre, su interioridad, las motivaciones que han movido su ser y su actuar.

En esta extraordinaria experiencia, he conocido, descubierto y encontrado otro rostro de Pedro Arrupe, del que me gustaría hablar en esta ocasión, despojándome de mi función de histórico, mirando su experiencia

humana y espiritual con ojos de creyente y con la inteligencia de la fe. Hacer, y se me permita la expresión, “la historia de un alma”.

para Arrupe la búsqueda permanente de la voluntad de Dios, en la propia historia personal y colectiva, es un deber, una obligación para el cristiano

He descubierto que el Padre Arrupe ha sido en primer lugar un gran creyente. Un hombre de Dios. Como el mismo ha escrito, el 3 de septiembre de 1983: “lo que he deseado toda mi vida es estar en las manos del Señor”. Para Arrupe la verdadera identidad de la vocación jesuita, ese anonadamiento de la propia voluntad, es el único camino para identificarse con otra voluntad, la de Jesús y ser así un instrumento creíble de su presencia entre los hombres. De Arrupe yo conocía las posturas y los escritos sobre temas apostólicos, educativos y sociales, su compromiso a favor de la justicia y de la renovación de la vida religiosa. Al final de este largo viaje hecho con él, me he convencido de que el hilo rojo de toda su existencia, ha sido siempre pensar que Dios era el todo de su vida y que todo lo demás era muy relativo. Arrupe, como un gran staretz occidental, no ha sido solamente un hombre amigo de Dios, sino que con su amabilidad, ha atraído los hombres hacia Dios.

He conocido a un hombre desprendido y libre de los bienes materiales, del éxito y de la fama. Sabía que ha vivido siempre con enorme sencillez y pobreza. No ostentaba su austeridad personal.

“Don Pedro”, como gustaban llamarle sus más estrechos colaboradores, tenía un sentido sagrado de la amistad. Era un hombre de enormes cualidades humanas, algunas naturales y otras fruto de años de una severa formación. Un hombre simpático, atractivo, leal, incapaz de intenciones ocultas y que, instintivamente, se ganaba la confianza y el respeto de muchos. Un hombre generoso, capaz de entusiasmarse y, sobre todo, de contagiar a los demás con su entusiasmo cautivador. Un hombre dotado de un gran sentido del humor, que sabía reírse de si mismo y de sus propios hermanos. Incapaz de ser rencoroso, según el juicio unánime de muchos. Un hombre que ha llamado la atención y que ha atraído por su generosidad y su pasión soñadora.

Arrupe se fiaba de las personas que la vida y la historia le ponían a su lado, y bajo muchos aspectos, esto hacía de él un hombre débil y vulnerable; tampoco tenía ningún sentido político de las relaciones humanas.

San Ignacio, en sus Ejercicios Espirituales, siendo justamente uno de los mayores méritos del generalato de Arrupe, el haberlos redescubierto y puesto en el centro de la vida espiritual, religiosa de sus miembros, dio una aportación decisiva para sondear, comprender, purificar los caminos del corazón humano y dio a la Iglesia una metodología de la decisión interior, la disciplina del discernimiento, que constituye la base de cualquier itinerario religioso que quiera ser serio.

Para Arrupe la búsqueda permanente de la voluntad de Dios, en la propia historia personal y colectiva, es un deber, una obligación para el cristiano. Es una dimensión sobre la cual el padre Ignacio Iglesias ha escrito páginas iluminadoras. La pregunta dramática de Jesús en el jardín de los olivares: “No la mía sino hágase tu voluntad”, se ha transformado en Pedro Arrupe, a la luz de las enseñanzas del Vaticano II, en una gran pregunta colectiva: ¿a qué estaba llamada la Compañía para servir la voluntad de Dios, en el hoy del Siglo XX?

Son muchas las cosas que quisiera seguir escribiendo sobre él, pero al final de esta larga experiencia que es la mía, en varias ocasiones me ha surgido un interrogante: Pedro Arrupe ¿es uno de los muchos sucesores de San Ignacio, que hay que recordar en la galería de los retratos oficiales, de los prepositos generales de la orden? ¿Pertenece al noble pasado de la Compañía? ¿O, por el contrario, es un rostro contemporáneo cuya vida, cuya persona y cuyo testimonio nos provocan? Sin duda, después de San Ignacio de Loyola, ha sido el general más presente y activo en la vida de la orden, pero más allá de las muchas cosas que ha hecho y de los discursos que ha dejado, creo que Arrupe es hoy un testimonio para imitar, un pequeño hermano universal, que nos ha dado la medida de cómo ser cristianos en el Siglo XXI, de cómo ser levadura en la masa y que, con su propia vida, nos transfigura la faz de Jesús resucitado.

¹ Pedro Arrupe: *Un uomo per gli altri*, Società Editrice il Mulino, Bologna, pp. 1084, Italia 2007.